

El tejido universitario, una familia que se consolida día a día

ENTREVISTA A FUNCIONARIOS DE LA UASB-E

POR SOFÍA TINAJERO ROMERO

Escritorios con papeles, anotaciones rápidas y plataformas que facilitan el trabajo desde las pantallas. La vida diaria en la UASB-E va más allá de las aulas físicas o virtuales; más allá de los seminarios y conferencias. También se desarrolla desde cada una de las oficinas de decenas de trabajadores, desde las cocinas que se ocupan de la alimentación del personal o de quienes mantienen todos los espacios.

Cada rincón de la Universidad delata la identificación y el cariño de quienes trabajan en ella. Ese grado de vinculación es el resultado de un tejido que lleva 30 años de construcción. Muchos no sienten que hayan pasado tres décadas y recuerdan con claridad su llegada a la UASB-E. Con brillo en los ojos, relatan las historias vividas. Son las voces de los tejedores de esta institución. Al igual que los telares andinos, que guardan simbolismos, saberes, valores, enseñanzas de las comunidades, la Universidad está hecha de todo este bagaje.

María Elena Vargas, actual secretaria de Registro Académico, recuerda con claridad el 26 de noviembre de 1996. Fue el día en que ingresó, a sus 26 años, a la Universidad, cuando el edificio Mariscal Sucre estaba habitado solamente hasta el cuarto piso. Llegó como un reemplazo por maternidad y se quedó durante 25 años ocupando el cargo de secretaria del Área de Salud. Luego pasó a la Secretaría General, donde labora actualmente. Recuerda la sorpresa que tuvo cuando conoció al entonces rector Enrique Ayala Mora. Cuenta que en el sector privado, de donde venía, el gerente o el jefe eran casi inaccesibles. Por eso su sorpresa fue aún mayor. «Resulta que un buen día, yo llego a la oficina y encuentro a alguien clavando un clavo, con martillo en la pared. Saludé y pasé. Ahí me dijeron: “Es el rector”. Cuando

“
Ese grado
de vinculación
es el resultado
de un tejido que
lleva 30 años
de construcción.”



Sandra Avilés y Marco Romero.

salí al pasillo del Rectorado, Mónica Izurieta me estaba indicando lo que había que hacer. Salió el doctor Ayala del Rectorado y Mónica me presentó: “Ella es María Elena, mi asistente”. Él se acercó; yo estaba nerviosísima. Me abrazó y me besó en la frente. Como un papá. “Linda la guagua —dijo—. Sí me gusta”. Para mí fue un impacto muy grande».

Los primeros funcionarios vieron crecer la Universidad, no solo en su infraestructura física, sino también en los aspectos humano y académico. «Ver cómo la Universidad fue creciendo es también ver tu entrega», comparte Sandra Avilés, secretaria del Área de Estudios Sociales y Globales. Y en ese crecimiento «la parte humana prevalece mucho», dice. Con ella coincide María Elena: «Lo que yo he recibido aquí es amor. He recibido consideración, respeto, solidaridad y cariño. Esto me ha permitido ser parte de este tejido institucional».

En un inicio, la Universidad funcionó en una oficina del edificio Veintimilla, para posteriormente ocupar el tercer piso de Abya Yala. «Cuando llegué eso era un canchón sin divisiones», recuerda Luis Reyes, quien entró a trabajar el 3 de enero de 1993. Es uno de los primeros funcionarios, empezó limpiando las oficinas e incluso se encargaba de comprar los almuerzos. Desde el inicio, el personal contó con la alimentación. Cuenta que en una ocasión, los almuerzos se salvaron de terminar bajo las ruedas de los vehículos que transitaban por la 12 de Octubre. Utilizaba una maleta para transportarlos. «Con el tiempo, la maleta donde traíamos la comida se empezó a deteriorar. Un día, pasando a toda velocidad, se rompió eso y se cayó. Solo cerré los ojos. Cuando terminaron de pasar los autos, volví a ver y no los habían pisado. Los recogí y los llevé».

“**He recibido consideración, respeto, solidaridad y cariño. Esto me ha permitido ser parte de este tejido institucional.**”



Luis Reyes y María Elena Vargas.

Asimismo, Sandra Avilés recuerda: «Cuando iniciamos la Universidad, nos tocó limpiar, pintar paredes, sacar copias, llevar documentos, ir a buscar residencias. Todos hacíamos de todo».

Luis Reyes mostró pronto su interés por las conexiones informáticas. La Universidad lo apoyó para sus estudios informáticos. «Yo no podría estar mejor en otro lado, porque desde el principio ha habido la apertura para estudiar. Me apoyaron total e incondicionalmente. Siempre la política de aquí ha sido apoyar», dice él. Ahora, Luis Reyes es parte de la Dirección de Tecnología de la Información y Comunicación. La misma vivencia tiene María Elena Vargas, quien ahora estudia la maestría en Archivística.

Esos inicios consolidaron un ambiente familiar, que se ha mantenido hasta el día de hoy, cuando la Universidad cuenta con 193 funcionarios, 85 docentes de planta y tres empresas externas que se ocupan del servicio de cafetería, limpieza y guardianía.

«Éramos tan pocos que todos comíamos en una mesa, que era la de reuniones. Al principio todos sabíamos todo. Ahora es muy difícil, hasta comemos en diferentes horarios. La convivencia diaria de ese entonces fue armando todo lo que fue al principio la Andina», señala Luis Reyes.

«A la gente de la Andina la llevo en el corazón. Para mí, ha sido muy especial siempre. Es gente buena que ha pasado por la Andina», comenta Sandra. La convivencia fortalece amistades, que se ven reflejadas en las plantas que dan vida a la oficina de Avilés. Hay más de una veintena de ellas, con diferentes tamaños, formas y colores. Muchas han sido regalos de esas amistades.

Para María Elena Vargas es importante que las nuevas generaciones conozcan cómo se creó la Universidad, «cuáles son estos valores adicionales que van más allá de la parte académica.

“
Ese grado de
vinculación
es el resultado de un
tejido que
ya lleva 30 años de
construcción.”



Es vivirlo. El que entra en la Andina, no se va de la Andina. ¿Por qué es eso? Porque te acoge, te abraza, te cuida. Porque te guía, te valora, te acompaña».

Por ello, el sentimiento que genera la Universidad es compartido: «Me siento parte de esta construcción gracias al doctor Ayala, un hombre admirable en todos los aspectos. Me siento orgullosa de haber sido parte de esta construcción, porque yo soy la primera secretaria de áreas».

LA RESIDENCIA, ¿SOLO UNA RESIDENCIA?

María Elena Vargas recuerda que en una ocasión un profesor extranjero invitado decidió alojarse en un hotel privado cercano a la Universidad. Cuando ella le preguntó por qué no se quedaba en la residencia de la institución, él respondió que no le gustaban las residencias universitarias. María Elena insistió y le invitó a conocerla. Tal fue su impresión que al día siguiente ya se había instalado en ella.

Eso no solo le ocurrió al profesor, sino también a una de sus actuales camareras: Nelly Rivera. Trabajaba para un hotel privado de cinco estrellas cuando recibió la recomendación para laborar en la residencia universitaria que acababa de crearse. Al inicio se desanimó; pensó que no sería un buen sitio. Luego de seis meses se aventuró a acercarse. Al conocerla, decidió entrar a trabajar y quedarse. Tal ha sido su empeño que ya ha cumplido 15 años trabajando en este espacio del campus universitario.

¿Por qué es tan especial? ¿Qué hay más allá de sus modernas y acondicionadas instalaciones? En la cocina, que se encuentra en el subsuelo, frente a la lavandería, y con un café de por medio, Nelly Rivera y Mélida Bravo comparten recuerdos de cómo ingresaron y por qué se quedaron. Cuando entraron, la construcción aún estaba por terminarse, y todavía no había ascensor. Con ayuda del personal de limpieza, lograron subir los colchones y todo lo necesario para equipar las habitaciones que serían ocupadas por el primer grupo de estudiantes, que eran de derechos humanos.

Mélida Bravo entró en 2004. «Mi doctor Ayala me trajo a trabajar acá. Lo conocí porque mi esposo era compañero del Partido Socialista. Como lo asesinaron, el doctor me ofreció un trabajo. Y cumplió su palabra». Un año más tarde, entró Nelly. «Siempre había trabajado en hoteles de cinco estrellas, no tenía conocimiento de esta residencia tan hermosa. Yo dije: “No me voy a ninguna residencia porque yo estoy enseñada a trabajar en buenos hoteles”. En vez de venir acá, me fui a mi casa».



Mélida Bravo, Jefferson Carrión y Nelly Rivera.

Mientras Mélida sonríe, Nelly continúa su relato. «Yo que ingreso y me topo con tremenda sorpresa. Qué hermosa residencia. Me quería quedar ese rato. A las dos semanas me llamaron». De eso han pasado cerca de 15 años. Mélida Bravo hace un recuento rápido: «Aquí ha habido parejitas, han pasado súper bien. Otros se han peleado. Ha habido desacuerdos entre huéspedes. Ha habido chicas que han llorado mucho, han tenido sus novios, les han venido dejando. Yo siempre les digo: “Amor de lejos, felices los cuatro”».

“

A la gente de la Andina la llevo en el corazón. Para mí, ha sido muy especial siempre.

Es gente buena que ha pasado por la Andina. ”

Porque además de ocuparse de mantener limpias las habitaciones, de acuerdo con la distribución de trabajo, las camareras de la residencia también han hecho las veces de psicólogas de los huéspedes. «Yo me he llevado bien con los estudiantes y profesores. A veces nos cuentan sus penas porque se sienten tristes tan lejos de sus familias. Los profesores también han sido muy buenas y excelentes personas. Y ellos también nos han sabido escuchar», cuenta Mérida.

Para Nelly Rivera es importante que los huéspedes «siempre se sientan cómodos y estén bien, que se sientan como en casa. Y, de hecho, ellos siempre nos agradecen porque aquí son tratados como si estuvieran en su hogar».

Esa sensación también es compartida entre quienes hacen el equipo que trabaja en la residencia. «Somos como un núcleo familiar —dice Nelly—. Yo lo siento así. En otros trabajos no se siente eso. Aquí el compromiso es con uno mismo, de surgir y seguir adelante y dar lo mejor de uno».

Mérida está de acuerdo. Sonríe y dice: «Para mí, este es mi hogar. Mis compañeros son mi familia. Aquí no hay jefes; aquí hay compañeros. Cuando estábamos en la pandemia, yo lloraba. Yo quería venir a trabajar». Nelly dice que al escuchar hablar de la Universidad «uno saca pecho, yo trabajo ahí, soy de la Andina». Los lazos de amistad se fortalecieron durante

“

Uno saca pecho, yo trabajo ahí,
soy de la Andina. ”



Neil Mejía está a la cabeza del equipo de trabajo.

la pandemia, a pesar de que hubo momentos complicados derivados del largo encierro, difícil para los más de 50 estudiantes que se quedaron los primeros meses. Recuerdan que con Pachita Anrango, quien trabaja en la recepción de la residencia, ocupaban el tiempo libre haciendo pan de yuca.

LOS ESPACIOS LIMPIOS GRACIAS A UN EQUIPO COMPROMETIDO

Otro detalle que observa y agradece María Elena Vargas es la limpieza. «Es maravilloso el trabajo que hacen los chicos de la limpieza. Nunca hay polvo». Cada espacio está cuidado porque día a día el equipo de la limpieza está pendiente de todo.

Con Neil Mejía a la cabeza, los 18 integrantes del equipo se distribuyen el trabajo para cubrir todos los pisos de cada edificio y espacio del campus, incluso durante la pandemia. Neil resalta su compromiso, no solo con el trabajo regular, sino también cuando se requiere un esfuerzo en trabajos en las bodegas, por ejemplo.

Desde 2004 este equipo se ha mantenido activo. Además ha recibido el apoyo de la Universidad para su crecimiento. Neil cuenta acerca del programa que emprendió la UASB-E para dar acompañamiento con el fin de que muchos de los empleados pudieran estudiar el bachillerato. Esta política no solo se aplicó para el personal de limpieza. Nelly Rivera también es una de las beneficiarias. Estas semanas, justamente, estaba celebrando haber culminado el bachillerato.



Wilmer Veintimilla.



“ Me inicié aquí cuando salí de chef, y me mantengo. Yo quiero muchísimo a esta Universidad. ”



Álex Galárraga y su equipo de cocineros.

En otros casos, la Universidad ha servido para el inicio laboral de jóvenes. Este fue el caso de Wilmer Veintimilla, quien trabajó en este equipo por primera vez «como un castigo» por haberse quedado en supletorios, a sus 16 años. Su padre, Jaime Veintimilla, quien fue conserje en la Universidad durante 20 años, conversó con Neil Mejía para que su hijo trabajase por un período.

A partir de entonces, en tiempos libres o fines de semana, Wilmer se sumaba al equipo de limpieza. Y desde los 18 años, empezó a trabajar de forma regular. Ya han pasado cinco años, en los que ya ha vivido diversas experiencias en la Universidad. Explica que el trabajo no es el mismo todos los días. Actualmente, se cumple la labor en tres turnos. En agosto, aprovechando las vacaciones institucionales, los miembros de este equipo se dedican a una limpieza profunda, sacando lustre al piso, las ventanas y todos los espacios.

Wilmer recuerda que también ayudaba en algunas tareas a su padre, cuando él se lo pedía. «Yo llegaba y siempre veía por los pasillos a mi papá. O por los parqueaderos». Con una sonrisa recuerda un par de ocasiones en que se inundó la planta baja por una mala maniobra y el trabajo que significó secar todo.

A Wilmer le gusta su trabajo: «Con los compañeros que tengo aquí es chévere, porque pasamos todo el tiempo. Cuando necesitamos ayuda en algo más, nos ayudamos, hay colaboración. Con las demás personas en la Universidad,

saludamos, a veces se ponen a conversar. La gente es solidaria, respetuosa».

Ahora, con un hijo de cuatro años y su esposa, Wilmer espera estudiar Ingeniería en Sistemas. Aprobó el examen de ingreso a la universidad, pero con un pase para Latacunga, así que decidió esperar. Mientras tanto, continúa sus labores en la UASB-E.

EL SITIO DE ENCUENTRO

Luis Reyes relata que en la misma mesa que servía para reuniones de trabajo, los pocos funcionarios que tenía la Universidad se sentaban a compartir el almuerzo. Hoy el comedor cuenta con 27 mesas y un aforo para 160 personas. Se organizan tres turnos de almuerzo.

Álex Galárraga y su equipo de cocineros se enfrentan al desafío de alimentar a la comunidad universitaria, que en ocasiones también ha recibido a vecinos del barrio. Cada lunes, los funcionarios reciben en su casilla de correo el menú de la semana con dos opciones de plato fuerte.

Llegar a esta organización ha sido un proceso que inició en 1999, cuando empezó la relación de Galárraga con la Universidad. En ese año, estaba terminando de estudiar Gastronomía. Él confiesa: «Tengo un apego hacia la Universidad porque me inicié aquí cuando salí de chef, y me mantengo. Yo quiero muchísimo a esta Universidad. Siempre estoy con el corazón acá».

Sus inicios se remontan a la cocina familiar, donde él, con apenas 10 años, ya sabía cocinar. Aprendió de su madre, quien se ha desempeñado en comedores industriales en el Oriente. Decidió profesionalizarse y la Universidad apostó por la empresa familiar de un joven chef que estaba terminando sus estudios.

«Yo vine a trabajar en la Andina en el primer edificio. La cafetería era pequeña, muy básica. No tenía equipos industriales. Todo era muy doméstico. Ahí comenzamos dando de comer como a 60 personas», recuerda.

La empresa ha crecido, no solo en lo que respecta a unidades industriales, sino también en el equipo humano. Muchos de ellos son familiares, quienes además se han formado en Derecho, en Hotelería y Turismo y Gastronomía y Nutrición.

«Es una profesión muy dura porque se sacrifican muchos días festivos. Nos dedicamos a la cocina realmente los que amamos estar en los sartenes, las pailas y las ollas. La alimentación para mí es una vocación».

Para Galárraga, alimentar a la comunidad universitaria implica «que se sientan felices de venir. Porque en el día, creo que el único momento en que las personas se desconectan es en la hora de la comida».

Con estas manos tejedoras se construye el gran telar de la UASB-E, una institución que ha fortalecido su sentir familiar y de pasión. Pasión por la enseñanza y la investigación; pasión por la organización administrativa y la atención a quienes conforman esta comunidad.

Como en toda familia, al hablar de la historia de cómo creció la Universidad, también se debe recordar a quienes han fallecido en el camino, entre ellos, Alfonso Troya Jaramillo, José Vicente Troya, Vicente Boada, Santiago Andrade, Segundo Huara, Julio César Trujillo, Evita Paredes, Kevin Toapanta, Jaime Veintimilla y todos los que permanecen en la memoria colectiva de la UASB-E.



Publicaciones

